

Presentación

La participación política no puede ser definida de una vez y para siempre, pues está directamente relacionada con las condiciones sistémicas en las que se mueven la sociedad y sus integrantes dentro de su propia organización política. Aquéllas definen los espacios de la participación política y los individuos, los grupos y la sociedad encuentran, siempre, las formas más adecuadas y sutiles para expresarse. Inclusive bajo regímenes totalitarios y dictatoriales, la sociedad encuentra los cauces idóneos para participar y expresar sus puntos de vista.

La participación política no tiene formas únicas o convencionales de expresión; está en relación directa con el sistema político en el que se encuentra, de ahí que independientemente del sistema político del que se trate, encontraremos formas de expresión de la participación política. Bajo regímenes liberal-democráticos, las formas de participación están vinculadas con los mecanismos de competencia entre fuerzas políticas, y se encuentran generalmente institucionalizadas en los procedimientos del sistema que tienen que ver con las responsabilidades políticas y las formas del recambio. Pero también existen asociaciones voluntarias que conforman el tejido de una sociedad plural y que tienen como funciones presionar políticamente, generar mecanismos de formación y reclutamiento de cuadros políticos y vincular a los grupos con los actores políticos y las figuras institucionalizadas más relevantes.

Bajo regímenes autoritarios y totalitarios, la política está presente; pero su accionar es exclusivo de los altos mandos. El resto de la sociedad se encuentra fuera o al margen del proceso político activo; en todo caso, interviene como resultado de los procesos de manipulación, impuestos verticalmente, a través de mecanismos de conformación de consenso pasivo y control social.

Las estructuras de participación social son insuficientes cuando no existen motivaciones para la movilización o son reducidas a círculos minoritarios, y es aquí donde la noción de cultura política —o quizá mejor— de subculturas políticas, adquiere un significado de enorme portada.

Los países de América Latina asisten, en este momento, a procesos de participación política de enorme significado en todos los ámbitos, lo mismo político-electoral que antisistémico, de género que socio-étnico, de relevancia cultural que de clase. Y, bajo el mismo orden de ideas, estos procesos de participación política cubren los espacios propios de su pertenencia a ámbitos locales que exigen la construcción de una globalidad no rentista y parasitaria, defensora del *status quo*, sino cultural y de clase, internacionalista, proyectada al futuro.

En este número de *Estudios Latinoamericanos* se dan a conocer algunos estudios de caso, no convencionales, y vividos en diferentes países de la región, que ofrecen una muestra de la contradictoriedad y complejidad de las formas de participación política en nuestras sociedades.

En la sección “Horizontes teóricos”, Juan Valdés Paz, en “Notas sobre la participación política en Cuba”, presenta un estudio sobre los niveles de participación política de la sociedad cubana en el ámbito y los límites de su sistema político y su marco axiológico. La novedad de este ensayo radica en poner de relieve la relación existente entre la participación política y las transformaciones educativas de la sociedad cubana en dirección a una sociedad cada vez más secularizada y racional. El punto central radica, empero, en revisar la participación política no como una forma instrumental propia de determinada fase del desarrollo democrático, sino como un objetivo final.

En la sección “A debate: participación política, acción y construcción social”, Carlos Ruiz Encina, en el ensayo “Malestar y acción social en Chile: el caso de los estudiantes secundarios”, reflexiona sobre el significado de la movilización de los estudiantes secundarios de 2006 en Chile. Este movimiento tuvo implicaciones en otras esferas, pues repercutió sobre los partidos políticos y las formas de representación y la política social del Estado y, además, puso en evidencia la existencia de un malestar generalizado en la sociedad chilena porque la educación dejó de funcionar como el canal más adecuado de ascenso social.

María José Rodríguez Rejas trata de dilucidar las potencialidades del movimiento popular en México y su capacidad para desarticular la estrategia neoliberal del Estado en “La construcción de alternativas políticas en México. Posibilidades y límites del movimiento popular”. Todo lo anterior, ante el continuismo neoliberal y el creciente acercamiento del gobierno de México a la política estadounidense frente a América Latina y el Caribe.

Por su parte, Juan Agulló, en “La forja del *chavismo*”, reconstruye cuidadosamente el proceso de formación del chavismo, con el fin de poner en claro sus elementos constitutivos y la relación que éstos guardan con las especificidades de la crisis del sistema político y del sistema de partidos en Venezuela.

En la sección “Procesos y tendencias”, Enrique Guinsberg, en “Pasado y presente en la lucha contra la concentración mediática”, cuestiona la fuerte concentración de los medios en América Latina en poder de un número muy reducido de empresas, y sus consecuencias en términos de la dominación y la afirmación de un totalitarismo ideológico contrabandeado como defensa de la “libertad de expresión”. Por su lado, en “Telesur. Construyendo una televisión para la integración latinoamericana”, Armando Carballedo Canó reconstruye la formación de Telesur y muestra su papel como medio de comunicación contrahegemónico y alternativo. El objetivo de Telesur es el de fungir como un actor poderosamente activo en el proceso de integración bolivariana de América

Latina, y como un centro de información a contracorriente de las agencias de información del “pensamiento único”.

Por último, cierran este número de *Estudios Latinoamericanos* las reseñas de Miguel Ángel Ramírez Zaragoza y Daniel Martínez Cunill sobre los libros de Raúl Zibechi, *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*, y de Nayar López y Lucio Oliver (coordinadores), *América Latina y el Caribe, una región en conflicto. Intervencionismo externo, crisis de las instituciones políticas y nuevos movimientos sociales*, centrados ambos en dar cuenta de los nuevos movimientos sociales en acto en nuestra región.

José María Calderón Rodríguez
Director de la revista
Coordinador del CELA